

TRES POETAS FRANCESES NACIDOS EN MONTEVIDEO

EL CONDE DE LAUTRÉAMONT

He aquí que una nueva escuela literaria,—la «Super-realista»,—acaba de hacer brotar como flor exótica de áspero y misterioso perfume, un viejo nombre casi desconocido que surge de nuevo al conjuro de impacientes anhelos desde la sombra espesa en que yacía: el Conde de Lautréamont. Doloroso y triste y negro,—con negrura de luto infecto,—es todo lo que evocan esas sílabas casi cabalísticas que hay que pronunciar ahuecando la voz y dándoles una entonación orda y grave. ¡El Conde de Lautréamont! Hombre o incubo, la memoria se afina para descubrir un eco de su vida o de su obra, y se vuelve fatigada de largas exploraciones por secos y áridos eriales. Nada, sin embargo las generaciones recientes de artistas que asordan los alegres cafés de Montparnasse, han proclamado a Lautréamont precursor de la nueva poesía, Dios del nuevo culto, en el cual se erige en Trinidad junto al pobre Rimbaud y a Mallarmé, el hermético. Mallarmé, Rimbaud, Lautréamont, he ahí el Padre, el Hijo y el Santo Espíritu de la nueva religión que florece, ¡cuando no!, en las ilustres orillas del Sena, mientras Tristan Tzará asiste impasible a los estertores de su «dadaísmo», payaso roto y desinflado de tanta pirueta y exhausto de tanto grito.

Si la nueva escuela proclama orgullosamente «la creencia en la realidad superior de ciertas asociaciones desdeñadas hasta la fecha, en la omnipotencia del sueño y en el juego desinteresado del pensamiento»; si es, como se define en el último manifiesto: «automatismo psíquico puro, por el que se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea de cualquier otra manera el funcionamiento real del pensamiento, en ausencia de todo contralor ejercido por la razón e independiente de toda preocupación estética o moral, ¡a quien clasificar dentro de sus límites con más exactitud que a Lautréamont cuyos libros son un desfile continuo de siniestras visiones irreales amasadas en torturantes procesos psicológicos? Hoffmann, Poe, Beaudelaire y el mismo Rimbaud resultan a su lado discípulos tímidos e indecisos, pálidos secundos de Lautréamont que se mueve fácil y hasta elegantemente entre una niebla poblada por los más diabólicos engendros. Desde Buenos Aires, y a través de Remy de Gourmont y de Leon Bloy, Darío lo proclamó, hace ya bastantes años. Y de él dijo: «El Bajísimo le poseyó, penetrando en su ser por la tristeza. Le dejó caer. Aborreció al hombre y detestó a Dios. En las seis partes de su obra sembró una Flora enferma, leprosa, envenenada. Sus animales son aquellos que hacen pensar en las creaciones del Diablo: el sapo,

el buho, la víbora, la araña. La desesperación es el vino que lo embriaga. La prostitución es para él el misterioso símbolo apocalíptico, entrevisto por excepcionales espíritus en su verdadera trascendencia. Como a Job le quebrantan los sueños; como Job puede exclamar: «mi alma es cortada en mi vida; yo soltaré mi queja sobre mi y hablaré con amargura de mi alma». Pero Job significa «el que llora» y el pobre Lautréamont no llora. Su libro es un breviario satánico impregnado de melancolía y de tristeza».

Isidoro Luciano Ducasse—Conde de Lautréamont en literatura,—nació en Montevideo, el 4 de Abril de 1846, en la época del gran sitio, de padre francés natural de Tarbes. La casualidad quiso que ese escritor rarísimo viera por primera vez la luz en América, de la que no se encuentra sino algunos ecos casi imperceptibles en su obra. Bien es verdad que esa obra no es muy numerosa y que solo se sabe que haya escrito dos libros: «Cantos de Maldorar», publicado en París de 1868 y «Poesías», aparecido en 1870. Su muerte se produjo en París el 24 de Noviembre de 1870. Joven pues, muy joven, desapareció sin que nadie haya ofrecido de su vida datos que son corrientes en la mayoría de los escritores. No frecuentó ningún cenáculo en aquella época hirviente en que parnasianos y simbolistas recogían la herencia que les dejaba el romanticismo moribundo. Ni un solo amigo escribió sobre él, ni nadie se dió por aludido cuando su nombre emergió del abismo como un monstruoso diamante. Su vida transcurrió en el mayor silencio y cuando se extinguió nadie pareció apercibirse de la catástrofe. Sus contemporáneos lo ignoraron absolutamente. Fué Remy de Gourmont quien desde su retiro de anacoreta lo descubrió, maravillado, treinta años después de su muerte. Mas tarde Leon Bloy, el blasfemo, tuvo para su memoria palabras húmedas de admiración y de caricia. Pero sus obras no se hicieron populares ni lo serán nunca. Solo unos cuantos espíritus selectos podrán gozarlas en el silencio de los gabinetes, a solas con el gran atormentado que se complace en imaginar un mundo emancipado de la inflexibilidad de las leyes físicas y morales. Después de un minuto de notoriedad, en el albor de nuestro siglo, en que recibió el incienso de ardientes devotos fraternos en oscuras capillas, su nombre cayó en el olvido, sepultado bajo el tintineo de otros nombres sonoros que encendían en las bocas juveniles la armoniosa fiebre de los versos. Lautréamont descende así, por segunda vez a la fosa. Y sale de nuevo ahora, ante el ¡resurrexit! imperioso, armado como un vencedor, con ímpetu de volcán, aplastador como



l'autréamont

Xilografia de Adolfo Pastor

un insulto, gallardo como una bandera. ¿Por cuanto tiempo?

Paul Dermée, uno de los más positivos valores de la juventud literaria de Francia ha tomado a su cargo, con otros pocos cruzados de su mismo brío la consagración y la rehabilitación de Lautréamont. Para Remy de Gourmont, el poeta montevideano era un caso patológico. «Era,—dice,—de una originalidad furiosa e inesperada, un genio enfermo, y hasta, francamente, loco. Los imbéciles se vuelven locos y en su locura la imbecilidad permanece recogida o agitada. La locura de un hombre de genio es, a veces, el genio mismo. El fruto se ha estrellado al caer pero ha conservado todo su perfume y todo el sabor de la pulpa apenas demasiado madura». Pero sus admiradores de hoy no aceptan ya tan fácil e incompleta explicación. Armados por Bergson y Freud, han ido a buscar en lo subconciente y en el psicoanálisis luz para tales tinieblas y aunque no han hallado la verdad, afirman, como el creyente al referirse a Dios, que la sienten. Dermée habla: «estamos frente a una obra de lo más desconcertante, como el aerolito, fragmento de un astro de diamante caído en una noche sagrada en medio de la plaza pública. Una leyenda inventada, según parece, para explicar su obra, pretende que Lautréamont murió loco. Nada de eso. Nada más evidente, por otra parte, que la exasperación lírica de los «Cantos de Maldoror» secretamente nutrido siempre por un pensamiento profundo; que la argumentación crítica, irónica y dialéctica de las «Poesías», atestiguan una salud intelectual de las más sólidas y un equilibrio mental de los más seguros. El tono extraño y vehemente de los «Cantos» es la expresión de una fuerza lírica servida por una riqueza verbal inaudita. Un alma de llamas se apasiona en el espectáculo del mal, de la hipocresía y del crimen. Lautréamont, flagela ferozmente las grupas viciosas, los espíritus serviles, los rostros ambiguos, los vientres monstruosos, y su elocuencia superhumana tiene los acentos de los profetas de Israel y del Dante, vengador de Dios! ; Que puño! ; Como sacude a todos los títeres del crimen! ; Como eleva hasta lo trágico más sublime sus visiones infernales! En el arrebató de su ímpetu dramático parece a veces identificarse a la furia de su héroe y experimentar las voluptuosidades nocturnas del vampiro!».

Son esos «Cantos de Maldoror» los más conocidos, los que han dado a Lautréamont su fama y los que le han valido su triunfo ante la actual generación de la poesía francesa. En ellos todo es extraño y anormal, como humo de pesadilla, fantasmagórico y escalofriante. Maldoror se encuentra sólo en el mundo. «Buscaba un alma parecida a la mía, y no la podía encontrar. Busqué por todos los rincones de la tierra pero mi perseverancia fué inútil. Sin embargo yo no podía estar sólo...!» Un naufragio al que asiste con la indiferencia de quien contempla un espectáculo que no le atañe en nada, le dá la ocasión para encontrar el compañero ansiado. Alegre, lánzase al mar, entre los cadáveres. Pero lo distrae la llegada de los tiburones hambrientos atraídos por el macabro e inesperado festín. Entre ellos se

destaca una joven hembra particularmente feroz que después de haber devorado su parte en el banquete se lanza sobre los otros tiburones a disputarles la presa. Maldoror, lleno de admiración corre a su auxilio y entre los dos logran vencer a la banda entera que huye abandonando el campo a los dos triunfadores. «Están en presencia el nadador y el gran pez, por él salvado. Se miran a los ojos durante algunos minutos y cada uno de ellos se sorprende de encontrar tanta ferocidad en las miradas del otro. Nadan juntos, sin perderse de vista, diciéndose: yo estaba engañado hasta ahora; he aquí uno que es más malo que yo. De común acuerdo, entre dos aguas resbalan el uno hacia el otro llenos de mutua admiración, la hembra del tiburón cortando el agua con sus aletas, Maldoror abriendo la onda con sus brazos, y retienen su respiración, con veneración profunda deseosos uno y otro de contemplar su viviente retrato. Llegados a tres metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo, cae uno en brazos del otro como dos amantes, se abrazan con dignidad y reconocimiento con un apretón tan tierno como si fueran hermana y hermano. Los apetitos carnales despertaron después de esta demostración de amistad». Ese idilio monstruoso en medio del hervor de una tempestad deshecha está descrito con una fuerza prodigiosa y alucinante: «En medio de la tempestad que continuaba rugiendo, a la luz de los relámpagos, teniendo por himeneo las olas espumosas, transportados por una corriente submarina como en una cuna, y girando sobre ellos mismos hacia las profundidades del abismo, se unieron en un acoplamiento largo, casto y horrible! ; Al fin había encontrado Maldoror algo que se le pareciera! ; Ya no estaba solo en la vida! ; Ella tenía sus mismas ideas y estaba frente a su primer Amor!».

Los perros enloquecidos por la luna, los piojos y los sapos le inspiran cuadros macabros o absurdos en que su imaginación galopa desbocada y en que su léxico no encuentra escollos ni se detiene ante nada: «El viento gime a través de las hojas con notas lánguidas, y el buho entona su grave lamento que hace erizar el cabello a los que lo escuchan. Entonces los perros furiosos rompen sus cadenas y corren por los campos, de aquí para allá, posesionados por la locura. Y se ponen a ladrar contra las estrellas al norte, contra las estrellas al sur, contra las estrellas al este, contra las estrellas al oeste; contra las montañas que semejan a lo lejos rocas gigantes yacentes en la obscuridad; contra el aire frío que aspiran a plenos pulmones y que les pone rojo y ardiente el interior de las narices; contra el silencio nocturno; contra las lechuzas que en su vuelo oblicuo les rozan los hocicos, llevando una rata o una rana en el pico, dulce alimento vivo para los pequeñuelos...». A las Matemáticas: «yo no os he olvidado después de que vuestras sabias lecciones, mas dulces que la miel, filtraron en mi corazón una onda refrescante», y al «Viejo Océano»: «forma armoniosamente esférica que alegra la faz grave de la geometría», canta también en extraños ritmos que no carecen de originalidad y de grandeza. Y deja caer todo su desprecio, su burla, su sátira terrible y corrosiva sobre Dios, a quien

describe, como un blasfemo, con las más sombrías tintas de su paleta.

Pero no se encuentra solo esto en la obra del gran atormentado. No se sabe si los «Cantos de Maldoror» es la obra de un cerebro extraviado y doloroso, o la de un espíritu aristocrático, ahito de las vulgaridades corrientes, que se venga de un modo atroz, o la de un genio satírico lleno de amargura que alza su brazo sobre la humanidad y deja caer sobre ella toda clase de inmundicias. Desgraciadamente del poeta montevidiano no queda un rastro, ni un eco, ni un recuerdo, nada que deje ni siquiera sugerir o adivinar el fondo de su pensamiento. No quedan más que sus dos libros desnudos y herméticos ante el homenaje de sus devotos y la cólera de sus detractores. Su segundo volumen, menos importante artísticamente, presenta nuevos atributos: ironía, piedad, indignación, mordacidad. Según su propia confesión no se trata sino del prólogo de una obra que tenía en preparación y que se malogró con él. El propósito—el propósito tan solo—de «Poesías» es llevar a los hombres palabras de confortación, de paz y de serenidad. ¡Pero como lo hace! Busca a los que a su juicio han sido los culpables de la desesperanza y del pesimismo y se empeña en destruirlos, en aniquilarlos, sean cristianos como Pascal, o incrédulos como La Bruyère. Su arrepentimiento se convierte en desahogo y debajo de las flores aparecen afinadas las lenguas de las víboras. No perdona nada de lo que combate, y se complace en decapitar a los elegidos de su odio de un solo tajo, sin permitirse la menor generosidad ni tolerancia. No es ya macabro y horrible, pero sí sarcástico, implacable, desbordado como una gran fuerza sin control que todo arrasa. Toma las sentencias famosas de los grandes moralistas y las dá vuelta con el placer del niño que abre el vientre al pajarillo que robó del nido: «Si la moral de Cleopatra hubiera sido más corta la faz de la tierra hubiera cambiado y su nariz no se hubiera vuelto más larga». Se complace en esos juegos impulsado por su afán de deformar las cosas, de crearles aspectos ridículos y repulsivos. «A los que no se dan cuenta—dice Dermée—es necesario mostrar la unidad profunda de la obra de Lautréamont, cuyos dos libros son dos aspectos opuestos, pero perpendiculares al mismo eje. Ese eje es, a no dudarlo, «el problema del Mal». En los «Cantos de Maldoror» lo ilumina ese léxico sorprendente que según él decía, «se nutría de las pesadillas espantosas que atormentan mis insomnios». En las «Poesías» flagela a todos los falsos ídolos del partido del mal, tan dignos de odio como las divinidades hipócritas del partido del bien. Lautréamont no fué nunca, sin embargo, un moralista de discurso académico. Es el azote terrible de un Dios apasionado de perfección».

Pero no es al Lautréamont que aquí se describe al que las jóvenes generaciones literarias parisinas dedican su incienso en el bullicioso culto de los cenáculos. Es más bien al estilista prodigioso, al multimillonario de palabras sonoras y vivas, ricas en músicas y en matices. Su vino fuerte es ese estilo sin igual, esa «potencia verbal inaudita» de que habla su crítico, que más que ser vehículo

de rarísimas introspecciones parece fuente inagotable de estados de espíritu. Todo el credo de la nueva escuela gira enredor de un ideal supremo: libertarse de la realidad, huir del lugar común, ¡recrear de nuevo al mundo! Y como los hechos están sujetos a la inflexibilidad de las leyes físicas y morales de ahí que se acogen al seno dúctil de la psicología y se dejan conducir por el eco misterioso de las palabras. Pero para ellos las palabras no tienen un simple valor de notas, como para los simbolistas, adormecidos por el suave llanto de los violines bajo la seda de fondas a lo Watteau. Palabras que expresen conceptos de excepción, que desorienten y horripilen, o abran bajo nuestras plantas indecisas el vértigo de pálidos abismos. ¿Donde encontrar, en ese orden de ideas, un maestro como Lautréamont? ¿Donde buscar una página como esa en donde parece haber ensayado superarse a sí mismo y en la que dice: «Las perturbaciones, las ansiedades, las depravaciones, la muerte, las excepciones en el orden físico y moral, el espíritu de negación, los embrutecimientos, las alucinaciones servidas por la voluntad, los tormentos, la destrucción, los trastornos, las lágrimas, las insaciabilidades, los sometimientos, las imaginaciones vacías, lo inesperado, lo que no hay que hacer, las singularidades químicas de bulte misterioso que espía la carroña de alguna ilusión muerta, las experiencias precoces y abortadas, las obscuridades con caparazón de pulga, la monomanía terrible del orgullo, la inoculación de los estupores profundos, las oraciones fúnebres, las envidias, las traiciones, las tiranías, las impiedades, las irritaciones, las acrimonias, las agresividades, la demencia, el «spleen», los espantos razonados, las inquietudes extrañas, que el lector preferiría no experimentar, las muecas, las neurosis, las rendijas sangrientas por las cuales se hace pasar a la lógica entre ladridos, las exageraciones, la ausencia de sinceridad, las chaturras, lo sombrío, lo lúgubre, los engendros peores que las muertes, el clan de los novelistas de tribunales, las tragedias, las odas, los melodramas, los extremos presentados a perpetuidad, la razón impunemente silbada, los olores a gallina mojada, los embobamientos, las ranas, los pulpos, los tiburones, el simún de los desiertos, lo que es sonámbulo, cobarde, nocturno, soporífero, noctámbulo, viscoso, equívoco, tísico, espasmódico, afrodisíaco, anémico, tuerto, hermafroditico, bastardo, albino, fenómeno de acuario y mujer barbuda, las horas borrachas de descorazonamiento taciturno, las fantasías, las acritudes, los monstruos, los silogismos demoralizadores, las inmundicias, lo que no reflexiona como el niño, la desolación, ese manzanillo intelectual, las llagas perfumadas, las nalgas de las camelias, la culpabilidad de un escritor que rueda por la pendiente del vacío y se desprecia a sí mismo con gritos de alegría, los remordimientos, las hipocresías, las perspectivas de vagar que os destrozan entre sus engranajes imperceptibles, los recios salivazos sobre los axiomas sagrados, los gusanos y su cosquillar insinuante, los prefacios insensatos como los de Cronwell, de la señorita de Maupín o de Dumas, hijo, las caducidades, las impotencias,

las blasfemias, las asfixias, los ahogos, las rabias, ante esas carnicerías que me enrojecen en nombrar; es tiempo ya de reaccionar contra todo lo que nos chocea y nos hace inclinar soberanamente....»

Tal la corriente densa en que van a abrevar su sed de ideal estético las nuevas generaciones de la poesía. Es cierto que sobre sus chambergos airoso, sus discípulos podrán esgrimir la divisa del mismo Lautréamont: «Il n' y a pas rien d' incomprehensible!». Y debe ser así, al menos para ellos. El poeta montevideano se ha colocado de golpe en la categoría de un Dios, al que rinden su tributo de perfumado incienso jóvenes portadoras. Su raro evangelio fructifica en sagradas inquietudes, y su palabra abre escenarios nuevos a la impaciencia de los pies ágiles. No hay duda de que en su literatura extraña y relampagueante se encuentran los más característicos de los elementos que integran la poesía actual, sobretodo ese feroz subjetivismo que excluye del Arte toda realidad tangible y lo diluye en un mundo indeciso y cambiante y sin límites en que se hunden las frentes pesadas de ensueños maravillosos. Nunca, en su corta vida irredenta pudo sospechar siquiera, el pobre Lautréamont, que sus libros llegarían a ser un día lejano los evangelios de una nueva religión de la belleza que en su tiempo ni se presentía. Sobre negro pedestal de granito emergerá indestructible su torso sombrío coronado por la flor monstruosa de una cabeza en que el cabello dibujará una encrespada catarata de furias como en el «Eterno dolor» de Dardé. Quedarán sus dos libros excepcionales, sin parecido ni imitación, en que el absurdo y el genio se sonrían cual buenos hermanos, como testigos de su breve paso

por un mundo que no era el suyo y sobre el que tendió el espeso velo de sus alucinaciones. No creo que el contenido medular de esos libros conquistó muchos adeptos, pero sí que serán muy provechosos por la magia de su pompa verbal, la audacia de sus metáforas y su desaforado irrealismo. Para las mentes equilibradas podrá ser un maestro, una fuente de profundos gozos estéticos, un punto de partida y de apoyo para arriesgados y rítmicos saltos en el vacío. No así para los cerebros débiles, fácilmente impresionables, propensos a la sugestión y al eco. En esos, Lautréamont obrará como un tremendo veneno, como un licor corrosivo y ardiente, como un alud de espesas e insistentes tinieblas de las que no podrán librarse jamás. El mismo poeta lo reconoce así cuando al comenzar sus «Cantos de Maldoror» advierte: «Plegue al cielo que el lector envalentonado y sintiéndose momentáneamente feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje a través de los pantanos desolados de estas páginas sombrías y llenas de veneno; porque de no emplear en su lectura una lógica rigurosa y una tensión de espíritu igual por lo menos a su desconfianza, las emanaciones mortíferas de este libro empaparán su alma como el agua empapa el azúcar. No es conveniente que todo el mundo lea las páginas que van a continuación; solo algunos saborearán sin peligro este fruto amargo. Por consecuencia, alma tímida, antes de internarte mas en semejantes páramos inexplorados, dirige tus talones hacia atrás y no hacia delante».

ALBERTO LASPLACES.